Memorias de un migrante

Boligrafeina

Capítulo 1

LIMA

Domingo 27 de agosto de 2017

La neblina de la mañana no fue impedimento para sus planes. Habían escogido la Costa Verde como el escenario de su última cita. Caminaron en silencio por el malecón para disfrutar del sonido de las olas del mar al reventar en las rocas del acantilado miraflorino. La tomó de la mano y se sentaron unos minutos a contemplar el mar. Al mirar hacia atrás, distinguieron a los lejos el Puente de los Suspiros, el primer lugar donde cenaron juntos. A la mente de ambos empezaron a llegar cada uno de los detalles de esa noche: la luz de la vela, la rosa, el poema que le entregó y hasta el sonido del saxo de un músico improvisado que se había adueñado de la plazuela que podían ver desde el balcón. Él aún conservaba la foto de aquel día.

Abel aprovechó que ella observaba a las gaviotas para alejarse un poco. Necesitaba ordenar sus ideas y pensar en lo que diría al final. Ella no se inmutó al sentir su falta, sabía que esta era una de las particularidades de Abel, frecuentemente necesitaba de su soledad para poder pensar. Sabía muy bien que volvería pronto, tal vez más cariñoso que antes.

Ninguno de los dos podía imaginar lo que pasaría al cabo de unas semanas. Él pensaba que volvería; un año pasaría muy rápido y en su retorno iría a buscarla. Estaba totalmente seguro de ello… o casi seguro. Ella estaba menos pensativa, al contrario, se le veía bastante tranquila. Parecía estar más acostumbrada a las despedidas, ¿o es que acaso pensaba que esta no lo era?

Tomaron el bus hacia la casa de ella y se detuvieron a tomar un helado antes de llegar a su destino. Durante el camino él no dejaba de pensar en las palabras exactas que pronunciaría al despedirse de ella. Laura abrió la reja principal, volteó a verlo y le sonrió.

— *Adiós, espero que te vaya muy bien. Avísame en cuánto llegues* —le dijo. Sus labios rozaron levemente su mejilla y no le dio tiempo a reaccionar.
— Me desapareceré al menos por un mes —le contestó Abel, mientras ella le volvió a mostrar esa sonrisa.

Capítulo 2

BARCELONA

Miércoles 04 de octubre de 2017

Había pasado un mes de su llegada a esta ciudad. Había culminado su tiempo de retiro personal propuesto y decidió escribirle. No sería la primera vez que lo haría, pues anteriormente ya le había escrito dos cartas. La primera fue al poco tiempo de conocerse, Laura había regresado a la ciudad en la que estudiaba y él quiso sorprenderla enviándole un regalo acompañado de una carta. Días antes de su partida Laura le había enviado una foto de aquel sobre para que supiera que aún lo conservaba. La segunda vez la comenzó a escribir al salir del hotel en el que habían desayunado esa mañana. Habían hablado y discutido de sus costumbres, de sus vivencias, de sus posturas frente a temas controversiales. Ella lo había retado intelectualmente a argumentar cada una de sus opiniones lo que despejó de él toda duda sobre lo que sentía: realmente la quería como compañera de vida. Pero esta vez sería distinto, la distancia que los separaba alcanzaba los diez mil kilómetros. Sabía que la carta tardaría mucho tiempo en llegar por lo que se apresuró en escribirla y dejarla en el correo antes del almuerzo.

Los primeros treinta días no había podido descansar bien, dormía unas horas por las noches y otras al medio día. Se levantaba muy temprano para poder realizar todos los trámites relacionados con su estancia: el empadronamiento en el ayuntamiento, la solicitud de la tarjeta de extranjería en la comisaría, el nuevo número telefónico, abrir una cuenta en el banco, matricularse en la universidad, registrarse en el consulado, etc. Por las tardes aprovechaba para visitar algunos lugares cercanos y recorrer el centro de la ciudad. Le encantaban los barrios antiguos y los misterios que se escondían en cada una de sus calles, los conciertos improvisados en alguna plaza y los mercadillos que le recordaban el ruido y el caos de su ciudad.

No estaba melancólico. Se sorprendió porque parecía no haberle afectado tanto el alejarse de todo lo que había construido y lo que, hasta hacía unas semanas, consideraba su mundo. Hasta ese momento él no sabía si estaba empezando una nueva vida o solo estaba haciendo un paréntesis en la que ya tenía. No podía mirar atrás, al menos no por ahora. Fue por esa razón que solo había conservado el número de algunos familiares y amigos muy cercanos. No necesitaba enterarse de la vida de nadie ni quería que los demás sepan de la de él. Había puesto mucho empeño en ganarse su soledad y no quería que nadie le arruinara ese momento.

Miércoles 13 de octubre de 2017

Había empezado a buscar trabajo y hoy era la primera entrevista que tendría. La visa que le habían otorgado no le permitía trabajar formalmente pero podía firmar un convenio de prácticas gracias a los estudios de la universidad. Estaba bastante nervioso porque solo había pasado dos veces por este proceso y ahora estaba en otro país, ¿cómo debía expresarse? ¿Qué tan formal debía asistir? Esa mañana su cabeza estaba llena de preguntas y la información que le habían proporcionado sus compañeros no le era de mucha ayuda. Se vistió con un pantalón y una camisa y salió con dos horas de anticipación por si se perdía en el camino. Después de todo, la ciudad seguía siendo un misterio para él y no había estado nunca en ese distrito.

El día estaba bastante claro, lo que le permitió ver por primera vez cómo era un verdadero otoño. Las hojas anaranjadas y secas de los árboles crujían a su paso por la acera, y las ráfagas de viento silbaban de vez en cuando. Llegó a la dirección que le habían enviado con una hora de anticipación así que aprovechó para entrar a la cafetería que estaba al lado. Tenía que tomar algo para disipar los nervios.

Un hombre de saco azul revisaba el periódico en una de las mesas que se encontraban a la entrada de aquel lugar. Observó el rostro despistado de Abel y la carpeta que llevaba. Le hizo una señal con la mano y le preguntó si venía por la entrevista. Abel asintió con la cabeza. Algo nervioso y sorprendido aceptó sentarse a tomar un café. No hablaron del trabajo, al menos no en la cafetería.

Entraron en la oficina y se sentaron en la pequeña sala de reuniones. No había nadie más en ese lugar. Revisaron su currículum y utilizaron internet para verificar la información de las empresas en las que había trabajado Abel, la universidad en la que había estudiado y alguna que otra información complementaria. Al terminar le comentó sobre lo que tratarían sus prácticas: debía apoyar en la implantación de un sistema de gestión que quería certificar uno de sus clientes. El proyecto era bastante retador y Abel se entusiasmó, pero trató de no demostrarlo. El día anterior le habían llamado de otra empresa y le quedaba por hacer una entrevista.

Lunes 16 de octubre de 2017

Lo había conseguido. Esa mañana le habían enviado un correo para formalizar los trámites del convenio. Abel había descartado totalmente el trabajar en la segunda empresa a la que visitó porque no le ofrecían ningún tipo de remuneración. Estaba sorprendido de que en este país no fuera obligatorio que el practicante, al que llamaban becario, recibiera un sueldo. En conversaciones con sus compañeros había descubierto que esta era la forma en la que muchas empresas obtenían trabajadores sin que les

generase tantos gastos. Afortunadamente a Abel sí le pagarían, lo que lo dejaba más tranquilo ya que sus ahorros solo le permitirían vivir un mes más.

El horario de la jornada acordada le permitía tener las tardes libres para ir a la universidad y la oficina quedaba muy cerca de su casa, por lo que no había mucho de qué preocuparse. Conseguir el trabajo le había resultado más fácil de lo que había pensado. Realmente estaba agradecido de la experiencia laboral previa que había tenido, ya que fue determinante para acceder al puesto de trabajo. A pesar de que el sueldo acordado no llegaba al salario mínimo, era el monto máximo al que solo pudieron llegar tres de sus treinta compañeros de clase.

Miércoles 18 de octubre de 2017

Era su segundo día de trabajo y el cielo daba aviso de la lluvia que caería al cabo de unos minutos. Al bajar del metro sacó el paraguas que llevaba en la mochila e intentó abrirlo mientras subía las escaleras que conducían a la salida. Era la primera vez que lo hacía. En su ciudad jamás llovía, es decir, jamás de esa forma. Nunca antes le había sido necesario llevar un paraguas y su torpeza en el manejo del mismo lo demostraba. Tardaría diez minutos en llegar a la oficina por lo que se empeñó en disfrutar de cada detalle del paisaje que le regalaba el día. Al fin pudo sentir la lluvia de la que tanto había leído en los libros, el viento, las hojas y la imagen triste de aquel vagón de tren abandonado debajo del puente.

Cuando empezó a cruzar el Besós, el viento comenzó a soplar más fuerte y se percató de que llevaba la parte trasera de los pantalones mojados hasta la altura de las rodillas.

— *¡Qué tonto soy!* —se dijo a sí mismo, en sus pensamientos—. *Será que no sé llevar este paraguas y me estoy empapando.*

La reprimenda que se daba a sí mismo se vio interrumpida al ver que al otro lado del puente había una mujer con zapatos altos y el pantalón mojado también hasta la rodilla. Le resultó reconfortante saber que no era el único con problemas, aunque los de ella recién comenzaban ya que su paraguas terminó rodando por la acera.

Sábado 18 de noviembre de 2017

Habían coordinado preparar una cena, cada uno de los que asistían debía llevar un plato típico de su región. La idea era conocerse más y saber de sus orígenes. Rolando había puesto a disposición su departamento con la condición de no hacer mucho ruido. En esta ciudad las paredes parecían ser de papel y podía escucharse prácticamente todo. Para esta ocasión, Abel había escogido la papa a la huancaína como carta de presentación;

era uno de sus platos favoritos e iba muy bien como acompañante.

Por la mañana fue al supermercado, pero no logró encontrar ninguno de los ingredientes principales. Su dolor de cabeza se calmó cuando pudo encontrar una tienda de productos latinos: queso fresco similar al de su país, ají amarillo congelado, galletas saladas y leche evaporada en caja. Pagó sin consultar el precio ya que sabía que no tenía otra opción. Ya en casa descubrió que el verdadero reto en la cocina sería el ají, tenía que abrirlo para quitarle las venas y las pepas de forma sutil, pero a la vez escrupulosa. Después de todo, sus compañeros no estaban acostumbrados al picante por lo que tuvo que esforzarse para que su presencia no se notase en la salsa.

Ya en casa de Rolando, los invitados comenzaron a llegar a la cena y la mesa se llenó de fuentes y platos elaborados. Al finalizar la comida habían probado el sabor de cuatro países por lo que ahora correpondía beber. Las horas transcurrían y Abel no sabía a qué hora saldrían a bailar. Eran las dos de la mañana y todos seguían bebiendo o fumando en el balcón. Cuando pensó que la situación no cambiaría, uno de sus compañeros mencionó que eran las tres y que ya podían ir a la discoteca.

— *¿En serio? ¿A esta hora?* —se preguntó Abel.

En su país, normalmente, las personas se reunían en una casa a partir de las 8 p.m., bebían hasta las 11 p.m. y se iban a la discoteca, ¿pero a las 3 a.m.? Salieron del edificio bastante animados por el alcohol, lo que podía notarse en los torpes pasos que daban algunos o en los ocultos dotes de cantante que intentaban hacer notar a los vecinos mientras caminaban por la calle. Abel reía y les seguía el juego, aunque realmente se preguntaba si los dejarían entrar a la discoteca en ese estado. Cuando llegaron no hubo mayor inconveniente, dejaron sus casacas en el guardarropa y se fueron a la pista de baile. Formaron un círculo y comenzaron a moverse.

— *¿Cuál será el momento adecuado para sacar a bailar a alguien? ¿Por qué no veo parejas bailando? ¿En qué momento cambiarán la música electrónica?* —se preguntaba Abel.

Entonces recordó que estaba en otro país, que la música, la forma de bailar y la de coquetear no eran las mismas. Debía tratar de entender su nuevo entorno, lo cual no sería una tarea fácil.

Martes 19 de diciembre de 2017

Las vacaciones de fin de año se acercaban y con ellas la melancolía de pasar las fiesta lejos de casa. ¿Haría las compras para preparar algo especial? ¿Con quién cenaría? ¿Con quiénes saldría de fiesta? Solo el 10% de sus compañeros eran de Barcelona por lo que cada uno regresaría a su

pueblo a pasar las fiestas en familia. Ensimismado y pensativo alzó la mirada hasta encontrarse con el rostro de una chica que lo sobrecogió, se notaba agitada y se tambaleaba dentro del vagón del metro. Llegó hasta él y le apretó el brazo. Él le preguntó si se encontraba bien, pero por más que lo intentaba ella no podía responder. Trató de calmarla, gritó para que llamaran al interfono por ayuda, la tomó del brazo y bajaron en el siguiente paradero. Dos señoras bajaron con ellos, la dejó sentada acompañada por ellas y corrió a pedir ayuda a las oficinas del metro. Volvió con una botella de agua y encontró a la chica más calmada. Cuando llegó la ayuda, fueron juntos al área de urgencias del hospital más cercano; en el que, después de pasar por una revisión previa, les pidieron que esperaran para ser atendidos por un especialista.

Habían pasado dos horas. Habían hablado de la universidad, de sus familias, del trabajo y de sus aficiones. Realmente llevaban vidas muy diferentes pero el destino se había encargado de reunirlos ese día, o al menos eso era lo que pensaba Abel. El médico le comentó que ella se encontraba bien, que no había pasado nada grave y que se trataba de un pequeño ataque de asma. Luego, se dirigió hacia ella le recordó que siempre debía llevar consigo el inhalador y que debía visitar a su médico de cabecera para que le hiciera un seguimiento.

Salieron del hospital y Abel se ofreció a acompañarla a su casa. Al llegar, ella abrió la puerta y lo invitó a pasar. Dejó su mochila en el piso y después de cerrar la puerta, comenzó a quitarse la blusa, continuó con los pantalones y le pidió ayuda para quitarse el sujetador. A pesar de no terminar de asimilar lo que estaba pasando, las manos de Abel respondieron automáticamente a la solicitud. Ella había tardado dos minutos en desnudarse. Lo tomó de la mano y lo llevó a su habitación.

No hablaron de nada. Dejaron que sus cuerpos se comunicasen en un vaivén de placer y deseo que terminó por extenuarlos. Después de llegar al orgasmo ella le pidió que la abrazara por unos minutos. No fue necesario decir nada más.

Cumplido el tiempo preciso, con suma delicadeza, retiró el brazo de Abel de sus senos y se hizo a un lado. El teléfono de Abel sonó y le recordó que hacía cinco horas debía estar en el trabajo. Tomó una ducha y se despidió. Anotó en un trozo de papel su número telefónico y se lo dejó en el velador.

— *Por si algún día vuelves a enfermarte* —le dijo. Ella sonrió.

Sabía que no volverían a verse o al menos que esa probabilidad era ínfimamente baja por lo que se podría decir que había aprovechado adecuadamente el momento. Al día siguiente se inventaría una excusa para el trabajo, por ahora quería seguir disfrutando de esa sonrisa que no

se le borraba de la cara.

Viernes 22 de diciembre de 2017

La carga laboral había disminuido y ese día estaba trabajando desde casa; se había levantado tarde. Su desayuno pudo durar lo que tardan dos capítulos de una serie pero una llamada lo interrumpió.

— *Hola, tal vez me recuerdes por una pequeña crisis de asma. Me han cancelado las clases en la universidad y me preguntaba si podíamos vernos* —se escuchó al otro lado del teléfono.
— *Hola, creo que estás con suerte. Hoy estoy trabajando desde casa. Puedes venir, trataré de preparar algo para los dos* —respondió. Abel le dio su dirección y unas indicaciones para poder llegar más rápido. Tenía veinticinco minutos para poner en orden su departamento aunque, en realidad, solo importaba su habitación.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Llamaron a la puerta y ella apareció con una maleta pequeña.

— *Es viernes y usualmente después de clases regreso a mi pueblo* —le dijo. Entró y le preguntó dónde podía dejar sus cosas. Él le señaló su habitación—. *Tu cama es muy pequeña para los dos.*
— *No te preocupes, no creo que permanezcamos tanto tiempo el uno al lado del otro. Veré qué puedo preparar para comer* —contestó Abel.

Se fue a la cocina y comenzó a buscar en la refrigeradora, prácticamente vacía, algo en buen estado que se pudiera comer. Tomó una bandeja de carne y tras cerrar la puerta ella lo esperaba semidesnuda con una lencería perfectamente combinada y adecuada para la ocasión.

— *No creo haberte agradecido lo suficiente lo que hiciste por mí, por lo que tuve que venir* —le dijo. Abel soltó la bandeja, volvió a abrir la refrigeradora y sacó una botella de vino. Se dirigieron juntos a su habitación.

Ayudado por el vino, Abel comenzó a dibujar un arroyo rojizo entre los senos y el ombligo de su acompañante. Contempló unos minutos aquella obra de arte y encargó a su lengua recorrerla por completo hasta borrar todas las huellas. Ella se volteó y Abel comprendió que debía seguir por su espalda. Dibujó un camino serpenteado que cada cierto tiempo era interrumpido por los pequeños movimientos involuntarios que se generaban en ella al erizar su piel. En recompensa, ahora podía beber del valle formado en sus lumbares no sin antes bendecirlo.

Ella le pidió una toalla para tomarse una ducha y al salir del baño le regaló una sonrisa, dejándole observar por última vez su cuerpo desnudo. Se cambió en menos de cinco minutos y se despidió. Le dijo que su novio la

esperaba en el pueblo y que no podía quedarse a almorzar. Dejó caer en la mesa el trozo de papel con el número que Abel antes le había dejado y le dijo que ya no sería necesario. Después de todo, la deuda ya había sido saldada.

Jueves 24 de enero de 2018

Habían pasado cuatro meses desde su llegada a Barcelona y Abel se iba acostumbrando al ritmo del trabajo y de la universidad. El comienzo de su relación laboral resultó ser anecdótica ya que había descubierto que a pesar de hablar el mismo idioma las palabras no siempre significan lo mismo. Sus primeros informes tuvieron que ser revisados al detalle para evitar que se le escapase algún término poco comprensible para los clientes y hubo momentos en los que tuvo que comunicarse directamente con ellos para explicarles el significado de algunas palabras. Había días en los que las mañanas en la oficina solían tornarse aburridas por lo que de vez en cuando ponía un poco de música, a menos de que tuviera a alguno de sus compañeros cerca. Si no fuera por la pausa para el café la tarea le hubiera resultado más tediosa.

Como es normal, muchas de las clases de la universidad eran aburridas. El tener que ver a alguien como lee diapositivas después del almuerzo hacía perder el interés de él y de sus compañeros de clase. Los trabajos eventuales que le dejaban lo tuvieron agobiado en determinados momentos ya que le demandaban mayor tiempo del que tenía disponible, pero en medio de la rutina algo fue surgiendo de repente.

Había formado un grupo de amigos con los que era un pecado no beber un viernes y dentro de ellos había una persona que constantemente llamaba su atención. Laura era una mujer bastante desenvuelta; siempre estaba presta a decir lo que pensaba y sentía en ese mismo instante; no tenía miedo a equivocarse y era bastante directa. Estas características hicieron que Abel se sintiera inmediatamente atraído por ella. No era para menos, la personalidad de ella era diametralmente opuesta a la de él.

Debido a los trabajos encargados y las reuniones grupales, los encuentros con Laura comenzaron a ser más frecuentes. Era una mujer lo suficientemente inteligente cómo para saber a quién recurrir en cada ocasión. Sentía cierta admiración por Abel debido a su desenvolvimiento en las clases y no perdía ninguna ocasión para cuestionarlo por algún tema o comentario que antes había mencionado. Debido a esta situación, ambos se fueron haciendo cada vez más cercanos y terminaron por realizar los trabajos juntos. Laura era el tipo de persona que no descansaba hasta poder entender algo por completo y, claro, Abel también lo era, aunque le resultaba bastante difícil poder explicar ciertas cosas. Había surgido entre los dos una especie de atracción intelectual que

aumentaba cada vez que pasaban juntos más tiempo.

Sábado 27 de enero de 2018

Un grupo de compañeras quería salir a bailar y Laura era una de ellas. Lo habían comentado el viernes mientras tomaban unas cervezas y, como era de esperar, Abel aceptó ir. Esta sería una de las pocas oportunidades que tendría para acercase más a ella, fuera del ámbito universitario, y no podía desaprovecharla.

Respetaron los horarios de cena, bebida y discoteca que Abel ya había aprendido por lo que esta vez pudo desenvolverse mejor. Aprovechó un descuido del *DJ* de turno para poner un poco de salsa e invitar a sus compañeros a aprender a bailar. Su estrategia era clara: tenía que practicar los pasos en pareja con Laura. El ambiente se animó cuando la mayoría trató de imitar los pasos que hacían los miembros latinos del grupo; sobre todo cuando se veía claramente que habían personas que no habían nacido con el don para bailar. Para alentarlos, Abel comentaba que todo era cuestión de práctica y que ellos estaban acostumbrados porque en sus países era común empezar a bailar desde pequeños en toda reunión familiar.

Cuando finalmente empezaron a bailar en parejas, Abel tomó las manos de Laura y practicaron el paso básico hacia los lados. Ninguno de los dos dejaba de mirar sus pies para tratar de no perderse. Llegado el momento, se acercó y la tomó de la cintura, le dijo que era tiempo de practicar como se bailaba realmente. Laura no parecía intimidarse ante esta cercanía aunque no duraron más de un minuto en esa posición. Al fin y al cabo, ella apenas estaba aprendiendo y al bailar más pegados tendía a perder el paso.

Nuevamente en la discoteca Abel comenzó a estudiar el ambiente. Se percató de que la barra era el lugar en el que los hombres aprovechaban para buscar conversación con una mujer. Algunos eran bastante directos y se acercaban tomándolas por la cintura o hablándoles al oído y, a pesar de que el 99.9% de los casos resultaba infructuoso, esta actitud se repetía constantemente por los que frecuentaban el lugar. También se percató, que en los grupos ya formados, una pareja de hombres o mujeres solía alejarse para dar una vuelta por el lugar y observar así alguna potencial pareja para esa noche. Todos estos análisis los realizaba mientras se movía al compás de la música que, en su mayoría, desconocía, hasta que un personaje hizo que sus ojos volvieran a centrarse en Laura. Un tipo apareció de la nada bailando cerca al grupo y la tomó de la cintura. Ella volteó a verlo y lo mandó a rodar en menos de cinco segundos. Abel se pudo sentir aliviado al menos por un momento ya que este evento se repitió tres veces durante toda la noche o, al menos, esas fueron las veces

que él había podido contar.

Lunes 5 de marzo de 2018

Sus pláticas fueron siendo cada vez más constantes. Él trataba de ganarse un poco más su confianza y dejar a un lado lo académico para entrar a temas más personales. La última vez que habían salido a bailar él le había comentado su afición por conocer los cafés antiguos de las ciudades que visitaba y le preguntó si conocía alguno que le pudiera recomendar.

— Els quatre gats, hacen unos churros con chocolate muy buenos.
— ¿Y por dónde queda?
— En el Barrio Gótico, es un poco caro pero vale la pena. Picasso frecuentaba ese lugar.

Ya había buscado información sobre aquel lugar y era cierto: esa cafetería tenía su historia. Las referencias y fotografías que había encontrado lograron despertar aún más su curiosidad. Tenía que ir y si ella aceptaba acompañarlo sería aún mejor.

— ¿No te gustaría acompañarme este fin de semana?
— Claro, solo déjame asegurarme de que este fin de semana no tengo programada una excursión.

A Laura le encantaba la naturaleza, cada lunes hablaba sobre sus pequeñas escapadas de la ciudad, de lo cansada que se encontraba de haber caminado tanto pero de que todo ese esfuerzo había valido la pena. Él la escucha, siempre la escuchaba. Físicamente se encontraba junto a ella pero su mente no dejaba de trasladarse a aquellos pueblos, imaginaba el momento en el que podrían compartir este tipo de experiencias juntos. Pero ahora debía centrarse en la cita, porque esto era una cita, ¿verdad? Al menos una por confirmar.

Sábado 10 de marzo de 2018

Las enredadas calles del centro de la ciudad hicieron que tardara más de lo previsto, quiso llegar antes de la hora del almuerzo porque sabía que estaría lleno. Se detuvo frente a la puerta y compartió la lectura de la carta con dos turistas que también estaban interesados en entrar. La camarera salió para atenderlos diciendo que solo tenían una mesa disponible para dos. Tuvo suerte, las dos turistas pertenecían a un grupo más grande por lo que Abel pudo entrar primero.

Resaltaban los acabados de madera, las mesas pequeñas, las vitrinas de antaño perfectamente conservadas, los cuadros y las fotos. El salón estaba lleno de recuerdos de un pasado glorioso que probablemente jamás volverá. *Els quatre gats* había pasado de ser un café de tertulias de artistas e intelectuales a ser casi un lugar al que solo se iba para tomarse

fotografías. Se sentó y trató de ignorar el bullicio de la gente para concentrarse. Abel seguía pensando que los cafés antiguos guardaban historias por contar y que le podían servir de inspiración. Se puso a pensar si el lugar sería diferente si Laura estuviera ahí. La silla de en frente continuaba vacía y nadie llenaría ese lugar, al menos no esa vez.

Domingo 01 de abril de 2018

El tiempo de Semana Santa fue similar al de la navidad, las personas escapaban de la ciudad dejando una calma que Abel no terminó de disfrutar. Rolando lo convenció de viajar a Ginebra para pasar unos días ya que su primo tenía un departamento en esa ciudad y habían acordado intercambiar sus casas durante una semana.

El trabajo en la oficina había disminuido por lo que le fue fácil pedir unos días para poder viajar. Abel había utilizado el poco dinero que tenía ahorrado para comprar un vuelo de última hora que, para su buena suerte, resultó ser más barato de lo habitual. Al caminar por las calles de la ciudad se sorprendió del grado de orden y de limpieza que reflejaba el ambiente, así como de lo caro que le podía costar tomarse un café. Rolando ya le había advertido de los precios exorbitantes de las cosas por lo que decidieron ahorrar al máximo y cocinar en casa.

Visitaron el lago Lemán, en cuyas aguas cristalinas nadaban unos cisnes que no tenían el más mínimo miedo a los visitantes; las tiendas de relojes, de ropa y de chocolates. Abel estaba enamorado del casco antiguo, las callejuelas de piedra, los monumentos históricos, los mercadillos con obras literarias escritas en un francés que no era capaz de leer.

Realizó una parada en la librería A. Jullien para verificar por qué era uno de los sitios preferidos de Borges. Las grandes columnas de libros antiguos, el ambiente rústico de antaño, la perfecta mezcla del olor a benzaldehído y el color amarillento de cada página de aquellos libros lograron despertar cada uno de sus sentidos. Se podía ver claramente en sus ojos lo grata que le estaba resultando esta experiencia.

Martes 15 de mayo de 2018

Esa madrugada era inusual. El insomnio había comenzado a las 3:15 a.m. pero la razón no estaba claramente definida. Podría haber sido la inestabilidad causada por la incertidumbre de su estancia en esa ciudad o por la insatisfacción de no haber encontrado la inspiración necesaria para escribir la noche anterior. Las horas previas había soñado con distintas situaciones sobre un posible encuentro con Laura: el restaurante, la cena, cada una de las palabras que debía mencionar. Ella no tenía la más

mínima sospecha de lo que a él le pasaba por la cabeza.

Había decidido levantarse e ir a su escritorio, tomar el bolígrafo y escribir. Temía que las palabras vagabundearan hacia el olvido por lo que se apresuró en cumplir con lo antes pensado. ¿A caso habría de preocuparse por no tener inspiración? La nostalgia y los recuerdos le habían permitido terminar el poema había empezado hace unos días pero seguía sintiéndose vacío. Ahora planeaba utilizar a Laura como fuente de inspiración.

Sus párpados comenzaban a cerrarse. Hacía pausas de reflexión y su cuerpo le solicitaba eso a lo que algunos le llaman descanso. Pero, ¿quién podía calmar a una mente inquieta? Las ideas brotaban y él no dejaba de escribir, de pensar en ella, de idealizar un futuro al aferrarse a la ilusión que le dejaba cada conversación que mantenía con Laura.

Así que se levantó y preparó un café. Volvió al escritorio pero esta vez para empezar con el trabajo. Aún faltaba mucho para el amanecer pero sabía que era mejor aprovechar el tiempo. Abría y cerraba documentos, comparaba datos, revisaba los informes y por momentos se detenía a pensar. Pero eso era lo que justamente no debía hacer, pensar.

Cansado por el frustrado intento de trabajar, leyó lo que antes había escrito. Unos versos ridículos y borroneados que cualquier escolar que hubiera recibido una clase de rima y métrica podría haber escrito mejor.

— *Hoy no es un día para escribir* —se dijo a sí mismo, pero, ¿cuándo lo sería?

Miércoles 16 de mayo de 2018

La noche siguiente pudo dormir un poco más. Tenía una reunión importante por la mañana que podría acabar con la incertidumbre de su futuro. Tomó el bus y aprovechó el camino para leer un poco. Por momentos se dibujaba una sonrisa en su rostro producto de su inmersión en la historia que leía: la cobardía de Zavalita al no confesarle sus sentimientos a Aida le hacía recordar su historia con Laura. Se veía reflejado en ese personaje, aparentemente muy seguro y hasta soberbio en los estudios pero siempre tan tímido para el amor.

Al llegar a la oficina, la conversación fue breve y directa. Su jefe le explicó las opciones que tenía para la posible renovación del convenio. La noche anterior había tenido tiempo suficiente para analizar cada una de las posibilidades y ese día solo esperaba escuchar la única palabra que le permitiría posponer su agonía un par de meses más.

— *Madrid* —mencionó su jefe.

Sintonizó sus oídos, dejó caer el peso de su cuerpo sobre los antebrazos y se apoyó en la mesa. Mientras su jefe continuaba hablando, él esperaba impaciente para aceptar la propuesta.

— *No tengo ningún inconveniente en cambiar de ciudad* —le dijo—, *ya sabes que lo que a mí me gusta es sentirme activo.*

El trato quedó sellado con la advertencia de que la propuesta debía ser aprobada por el gerente. Abel tenía el 90% de probabilidad de continuar su vida en la capital.

Miércoles 23 de mayo de 2018

Estaba cansado de la universidad, el último módulo lo había decepcionado tanto que se preguntaba constantemente si se había equivocado de especialidad. Luego de la noticia de su cambio de ciudad por el trabajo poco le importaba lo que quedaba de sus estudios. Hasta la ligera posibilidad de atreverse a intentar comenzar algo con Laura lo tenía sin cuidado. Comenzaría una nueva etapa laboral que lo mantendría alejado de todo lo que había construido hasta ese momento.

Las clases pronto llegarían a su final y con ellas la oportunidad de confesar lo que sentía por Laura, pero ¿qué era lo que sentía? Durante mucho tiempo se había puesto a pensar al respecto. Tal vez estaba confundiendo las cosas. El hecho de que conversaran a menudo y de que sintiera atracción por esa personalidad extrovertida tan diferente a la suya no era motivo suficiente para pensar en una relación.

Él la usaba, claro que la usaba. Cada momento en el que se abstraía del tiempo sentado en un bar junto a su cuaderno, la usaba. Recordaba su rostro, su sonrisa, sus ojos. Fotografiaba los recuerdos de sus facciones para poder conseguir un poco de inspiración. Se hacía sentir enamorado para poner el bolígrafo en marcha y empezar con los cuartetos de rima asonante en los que ya poco le importaba el número de sílabas. Realmente no hablaba de amor. Los últimos tres poemas escritos habían seguido la misma trama: un resalto a su belleza, otro a su personalidad, un despojo del pasado y un final apasionado. Llegado el momento sintió que debía conservar uno de ellos y entregárselo. No sabía cómo ella reaccionaría pero le parecía justo devolverle el favor de haberlo inspirado. Tomó una cartulina roja, una hoja, el bolígrafo de tinta negra y unas flores de papel para decorar. Preparó una tarjeta con el siguiente poema y se propuso a entregárselo antes de su partida.

Creo en tus labios rojos

y todo aquello lo que salga de ellos

creo en tu sonrisa pintada

que me permite ver las comisuras de tu alma

creo en tu sonrisa apaciguada

que guarda el secreto de grandes hazañas

creo… que debo tentarte

procurar detenerme a la distancia suficiente

creo… que ya es el momento

de coordinar los latidos y entregarnos

a un beso.

Viernes 25 de mayo de 2018

Era el último día de clases. Como todo viernes Abel sabía que todo terminaría con unas cervezas. Al salir de la universidad se fueron a un bar para disfrutar de la recuperación de su libertad. A pesar de que aún quedaban trabajos por entregar, prácticamente habían terminado los estudios, así que tendrían un merecido descanso. Con el transcurso de las horas decidieron continuar la celebración en el departamento de Rolando, Laura también estaba con ellos.

Tomaron el metro y bajaron un paradero antes para poder comprar comida y cervezas. Al llegar al departamento, Abel pensó que esta sería la gran oportunidad para acercarse del todo a Laura. Mientras que algunos preparaban la cena y otros bailaban o fumaban en el balcón; Abel esperaba pacientemente el momento para acercarse.

Pero el momento perfecto nunca llegó. Se lamentaba constantemente por su falta de coraje y por la impotencia que le generaba el no saber si podía suceder algo esa noche, y no se refería al sexo sino a un acercamiento que le permitiese saber si realmente estaba enamorado. No se daba cuenta de que el solo hecho de pensar en ello ya le daba la respuesta a lo que andaba buscando.

Miércoles 30 de mayo de 2018

Eran las tres y media de la mañana y esta vez no fue el insomnio sino la alarma quien lo despertó. Tenía la maleta hecha, la ropa planchada y un baño de agua caliente que lo esperaba. Se secó la cobardía de no haber

concretado nada con Laura ni de haberle podido entregar la tarjeta. Tomó dos sorbos de café recién hecho y partió hacia una nueva ciudad sin tener siquiera dónde llegar.

El tren de alta velocidad partía a las seis de la mañana y, fiel a su estilo, había salido con dos horas de anticipación. Tomó el bus nocturno sin despegar la vista del GPS porque tenía miedo a equivocarse de paradero y llegó a la estación de Sants a las 4:45 a.m. La sensación en el estómago que siempre sentía cuando hacía algo nuevo lo acompañaba. Tenía un poco de miedo, sabía que tenía que hacer las cosas bien, muy bien.

Había escogido de compañero de viaje al último libro de Vargas Llosa, La llamada de la tribu. El libro había sido publicado en medio de la efervescencia de la independencia catalana y por ello había dejado un pequeño espacio para aclarar la diferencia entre el patriotismo y el nacionalismo, dejando clara su marcada postura en contra del independentismo catalán. Desde que Abel había pisado Barcelona se había encontrado con numerosas manifestaciones a favor de la independencia de Cataluña. Al comienzo le resultaba difícil distinguir la bandera catalana de la independentista aunque poco a poco comenzó a saber cómo ignorar las noticias por temor a contaminarse con la política. En una de las conversaciones con sus compañeros de la universidad le preguntaron cuál era su opinión, como extranjero, sobre el independentismo. Abel supo salir muy bien de la pregunta y les comentó que él solo estaba de paso en esta ciudad, que no estaba muy informado del tema y que ya tenía suficiente con la política de su país como para pensar en esto. Pero internamente estaba preocupado, sabía que cualquier cambio en el sistema le afectaría negativamente a él: las leyes podrían cambiar, los trámites podrían demorar más, su estancia en España podría complicarse más.

A mitad de camino, el sonido de su celular le interrumpió la lectura. Laura le había dejado un mensaje deseándole suerte en este nuevo comienzo. Confiaba en que le iría bien y que su situación mejoraría muy pronto. Estas fueron las palabras que Abel guardó como despedida, una despedida que definitivamente hubiera podido ser mejor.

Capítulo 3

MADRID

Miércoles 30 de mayo de 2018

Cuando llegó a Atocha estaba desconcertado. La estación de Desamparados parecía ser solo una sala de embarque de ese lugar. No sabía qué camino tomar así que se dedicó a seguir a la gente. Después de veinte minutos de intercambiar mensajes se puso en contacto con su compañera y fueron a la oficina. Le habían reservado dos noches de hotel mientras buscaba un lugar dónde quedarse. Trabajó durante la mañana y por la tarde se dedicó a buscar una habitación en los barrios aledaños a la oficina.

Todo era un desastre, había visitado tres lugares que eran prácticamente inhabitables. No entendía cómo las personas podían vivir en esas condiciones: departamentos con cuartos improvisados de material prefabricado, con apenas espacio para salir de la cama sin toparse con el ropero; minisalas en las que el sofá ocupaba la mitad del espacio y en el que era imposible imaginarse que pudieran estar los cinco inquilinos; cocinas estrechas en las que apenas podías dar vuelta sobre tu propio eje. Abel estaba preocupado, le quedaba solo una tarde más para encontrar un lugar digno donde vivir y al alcance de su irrisorio sueldo de practicante.

Jueves 31 de mayo de 2018

La mañana comenzó con la pérdida del tren que lo llevaba a la empresa en la que debía realizar una capacitación. Algo retrasado y bastante desorientado llegó a aquel lugar donde pasó toda la mañana. Por la tarde, había acordado visitar un departamento al otro lado de la M-45. El dueño del departamento, que en realidad era un inquilino que subarrendaba habitaciones, también era extranjero, lo notó en su acento al hablar. Recordó que sus amigos le habían recomendado que no compartiera departamento con gitanos, rumanos ni latinos (¡Abel era latino!). Le mostró el departamento y le pareció que tenía lo suficiente como para poder vivir bien. La habitación tenía una cama de una plaza con el colchón un tanto desgastado, un ropero y un televisor. Esto último llegó a sorprenderlo ya que en ninguno de los lugares que había visitado antes le habían ofrecido uno. El precio abarcaba la mitad de su sueldo pero era lo mejor que había encontrado y no tenía más tiempo. Coordinaron para que regresara por la noche y así los demás inquilinos pudieran conocerlo y cerrar el trato.

Por la noche, su jefe lo acompañó a recoger las llaves de su nueva habitación. Desde que había llegado sus compañeros de oficina lo habían tratado bien. Le habían dado algunas indicaciones para saber en qué zona

podía buscar una vivienda, le habían recomendado lugares para visitar y hasta se ofrecían en acompañarlo a buscar departamento en sus autos. Abel empezaba a sentirse a gusto en su nuevo ambiente laboral.

Viernes 01 de junio de 2018

Todo había salido bien. Esa mañana una de sus compañeras lo llevó en su carro hasta su "nuevo hogar". Aquel lugar en el que viviría por, al menos, tres meses; lejos de las pocas amistades que había hecho en la universidad, de su familia y de Laura. Cargó con la maleta subiendo los cuatro pisos de aquel edificio sin ascensor y al llegar fue recibido con un vaso de agua y una palmada en la espalda. El subarrendador del piso era un rumano bastante afable y risueño, aunque se había puesto serio al explicar todas las reglas de convivencia. Vivirían cuatro personas: el subarrendador y su esposa, un estudiante moldavo de medicina y él. Estaba prohibido beber alcohol, realizar fiestas y meter personas extrañas al departamento sin previo aviso. Los turnos de limpieza cambiarían semanalmente y los gastos básicos de productos de higiene de la casa serían compartidos. Cada uno tenía un espacio asignado en la refrigeradora y en el armario de la cocina. Si alguno cocinaba tenía que dejar limpio todo el sitio apenas terminara. La lista fue aumentando y Abel trataba de recordar cada regla que le decían.

Esa tarde, ya instalado, recordó que sus compañeros de la universidad saldrían de fiesta. Las clases habían terminado y probablemente sería la última vez que saldrían juntos. Laura estaría ahí y Abel se lamentaba de no poder asistir. Cada día que pasaba sus esperanzas iban disminuyendo. A pesar de la distancia, Abel creía que podía haber alguna oportunidad con Laura a pesar de que sus comunicaciones habían decaído notablemente.

Domingo 03 de junio de 2018

Esa tarde deambuló por el barrio de las Letras leyendo cada una de las frases grabadas en la calzada hasta que llegó a la Puerta del Sol. De esta plaza surgían una serie de caminos, cuya mayoría terminaba en La Gran Vía.

— *Esto es el Jirón de la Unió*n —se dijo. Eran calles llenas de todo tipo de comercios atiborrados de personas—. *Esto me recuerda mucho a Lima* —pensó con algo de nostalgia.

Siguió caminando y terminó en el Café Central presenciando un concierto de una mezcla de jazz y flamenco. Sacó su libreta y comenzó a escribir. Frente a su mesa, pero bastante más alejada de ella, se encontraba un grupo de chicas. Una de ellas parecía observarlo. Abel esperó a que sus miradas se encontrasen y la mantuvo quieta… 5, 10, 15 segundos y había vencido. Ella bajó la mirada y esbozó una ligera sonrisa. Él retomó su escritura pero cada cierto tiempo volvía a observarla; ella estaba un poco

inquieta y hacía lo mismo. El llegar hasta su mesa en mitad del concierto resultaba una misión casi imposible: el espacio era pequeño y el salón estaba lleno. Tenían mucha suerte de que el mozo fuera alto y delgado aunque aun así le resultaba difícil pasar entre las mesas.

Vio la hora y debía irse; el último tren que lo llevaba a su casa pasaría en veinte minutos. Por un momento pensó que debía anotar su número en una hoja de su libreta y pedirle al mozo que se lo entregase a aquella mujer; después de todo, eso es lo que siempre pasa en las películas. Cuando se dio cuenta, ya solo le quedaban diez minutos y la estación no estaba tan cerca. Pagó y al recoger su casaca para salir golpeó un vaso que acabó hecho trizas en el piso. El mozo le dijo que no pasaba nada, pero las caras de las señoras de las mesas contiguas le gritaban lo torpe que era.

Martes 12 de junio de 2018

Habían transcurrido catorce días y la incertidumbre había vuelto con mayor intensidad que antes. Durante este tiempo había vivido en una frágil burbuja elaborada con la esperanza de que con un gran esfuerzo lograría conseguir los documentos necesarios para prolongar su estancia. Pobre de él, el insomnio se adueñaba nuevamente de las madrugadas recordándole las preocupaciones que ocultaba durante las mañanas. A pesar de que desarrollaba sus actividades diarias con normalidad y que el trabajo lo mantenían ocupado, no podía escapar de la ansiedad de no saber cuál sería su devenir.

La tarde anterior le había confesado a su jefe que no llegaría a conseguir los requisitos que el puesto le exigía para septiembre. Sabía que solo le quedaba el plan B y que, por más que en el trabajo lo apoyasen, las cosas ya no dependían de él. ¡Carajo!, sentía mucho agobio pensando en que podía haber prevenido muchas cosas, pero terminaba dándose cuenta de que no era así. Desde el momento en que decidió dejarlo todo en su país para emigrar había elegido como compañera a la casualidad. Sinceramente le había ido bien, tenía un trabajo que le permitía sobrevivir, estaba a punto de acabar la maestría, había conocido nuevas culturas y ciudades, pero su remordimiento se debía a que todo esto estaba a punto de terminar.

Domingo 24 de junio del 2018

Afuera de la biblioteca hacían treinta y siete grados. Caminaba rumbo a casa con la duda entre ahorrarse unas monedas comiendo en un puesto de comida rápida o darse una recompensa en el restaurante del barrio. Recordó que tenía comida almacenada en la refrigeradora y optó por calentar lo que había sobrado del día anterior. No demoró ni quince minutos ni se detuvo a hacer la digestión. Tomó su libreta y un bolígrafo y marchó a la ciudad. Recorrió las calles buscando algún nuevo lugar que

conocer y se entretuvo por unas horas en un museo. Al salir de él siguió caminando sin un destino hasta que oyó una música que lo invitó a entrar por unos jardines.

Laura lo acompañaba, su sonrisa se mimetizaba con la naturaleza; tomaba de su mano y lo llevaba de prisa por los rincones más alejados para escaparse de la gente. Una higuera los protegía parcialmente del sol que a esa hora ya no sentían porque todos sus sentidos estaban ocupados en el vaivén de sus labios. Él le acariciaba sus cabellos cogiéndolos sutilmente y dejándolos caer detrás de su oreja. Ella acariciaba su barba con sus delicados dedos sin importarle la áspera respuesta que ésta le ofrecía, y con la otra mano lo tomaba por la espalda. Abel no podía despegarse su cintura.

El ruido de la ciudad al acercarse al Paseo del Prado era su alarma para regresar y adentrarse nuevamente en la vegetación. El canto de los pájaros y el aleteo de los insectos les indicaban el lugar perfecto para seguir queriéndose, pero él tenía que escribir. La paz del jardín botánico había despertado su inspiración y debía encontrar un lugar adecuado para plasmar lo que su mente iba narrando. Se deshizo de la imagen de Laura debajo de un almez y abrió su libreta. De repente, los pasos de una urraca solitaria llamó su atención. Su andar desconcertado y solitario hizo que se viera reflejado en ella. Laura no estaba. La naturaleza que lo rodeaba le había hecho imaginar todo lo que hubiera pasado si ella estuviera ahí. Los paseos que habían tenido tomados de la mano por aquellos pasajes, la fuente de la que habían bebido luego de espantar a los pájaros y el roce imaginario de sus labios le habían servido para completar tres páginas.

Sábado 30 de junio de 2018

¿A caso era posible que se enamorase de una mujer por cada bar que visitaba? Al parecer buscaba algo que lo atara a cada uno de esos lugares para que se viera obligado a regresar. Estaba buscando encontrarse y hallar su lugar en un país al que no pertenecía y, en el camino, se refugiaba en repentinos y fugaces enamoramientos. La naturaleza, los museos, los monumentos y las plazas que visitaba propiciaban el momento perfecto para escribir, para escribirles a ellas.

Ojos grandes, piel morena, con una boca cuya parte superior tenía la pendiente perfecta para interpretar que deseaba tanto como él un beso. Aquellos ojos que se escondían detrás de la barra comenzaron a mirarlo ligeramente con una inocencia inusitada. Probablemente se había dado cuenta de que él la había estado observando antes, así que Abel dirigió su atención al gol que señalaba el empate entre Uruguay y Portugal.

De camino a casa se detuvo en un parque para revisar lo que había escrito mientras unos niños jugaban con el agua. Había mejorado en su escritura y ya no necesitaba de un ambiente silencioso y alejado para escribir.

Puede que, al principio, estos factores le facilitaran la concentración, pero ya no eran indispensables; podía sentarse en algún bar y escribir mientras los demás miraban el partido de fútbol o discutían sobre las últimas noticias del día. Lo único que necesitaba era su libreta y un bolígrafo, los que lo acompañaban casi siempre pues nunca sabía cuándo los usaría. Realmente no podía programarse: en cualquier momento su mente podía transportarlo por recuerdos y calles desconocidas; el rostro de alguna persona podía servirle para inventarse una historia; o la soledad podía sentarse y conversarle mientras trabajaba en la oficina.

Jueves 05 de julio de 2018

¿Se atrevería a decirle que le gustaba? Habían hablado sobre la incertidumbre de su situación en el país y ella le había mostrado su total apoyo. Confiaba en él, en sus capacidades, en que todo iba a mejorar. Era una de las pocas personas que recién lo conocía y lo apoyaba moralmente.

Frecuentemente se preguntaba si Laura lo quería. Su mente se enredaba con cada conversación que tenían. A veces la sentía tan distante y otras totalmente cerca. Hoy se había enterado que ayer ella estuvo hablando de él con el resto de compañeros de la universidad. Les comentaba lo que él hacía en Madrid y que, probablemente, volvería a Barcelona. ¿Será que realmente le interesaba?

Ambos tenían gustos similares aunque personalidades distintas y justamente esto era lo que a Abel le atraía de ella. Su carácter, su inteligencia, su independencia, su total desinhibición para decir y hacer las cosas cuando lo creía oportuno. Comenzó a sentir la necesidad de confesarle todo, pero últimamente su única forma de contacto era un aplicativo del celular. Esa noche se acostó pensando en que al día siguiente la llamaría para saber más de ella.

Sábado 14 de julio de 2018

Su cuerpo estaba cansado. La noche anterior había formado parte de una fiesta multicultural en uno de los barrios de Madrid. La música había logrado que los cuerpos de personas de distintas nacionalidades se movieran al compás de lo que escuchaban, por lo que, durante un momento, Abel se había podido sentir parte de ese lugar. Junto a su acompañante reían de vez en cuando al ver los pequeños saltos que daba un hombre intentando cogerle el ritmo al charanguito, cuyas cuerdas vibraban para hacer flamear la bandera aimara que adornaba el estrado. La banda estaba formada por una mezcla de sangres andino-amazónico-españolas por lo que resultaba curioso haber encontrado un evento así en medio de la ciudad.

Madrid era una ciudad abierta que albergaba una mezcla enorme de sangres. En sus barrios multicolores se podían encontrar personas de toda España y de todo el mundo. Una muestra de ello eran los gritos eufóricos de gol que siempre se escuchaban en cada uno de los partidos del mundial. Algo que generaba cierta envidia en Abel ya que los partidos de su selección los había tenido que ver a solas en su habitación.

Miércoles 25 de julio de 2018

Esa noche había decidido abrirse a la ciudad y compartir lo que sentía. Tenía miedo de que no fuera del agrado de los asistentes pero era una duda de la que no podría deshacerse hasta que lo hiciera. El bar estaba vacío, pidió una cerveza para espantar los nervios pero el evento aún no comenzaba. El lugar comenzó a llenarse y él seguía ensimismado sobre la barra. El presentador fue llamando uno a uno a distintas personas para que compartieran frente al micrófono su historia o verso improvisado.

— *Hoy será el día en que hablaré de ti, Laura* —se dijo a sí mismo.

Tomó el micrófono con la mano casi temblando y comentó la historia de cómo había compuesto el poema. Le había confesado a Laura que lo había empezado pensando en otra persona pero que al final terminó escribiendo para ella. A ese poema le faltaba algo y Laura lo sabía. Al terminar de recitar salió corriendo para no perder el último tren que lo llevaba a su departamento. En el camino se quedó pensando en que pronto volverían a estar juntos, al menos en la misma ciudad. Su timidez le impedía pedirle una nueva cita, pero si tan solo ella supiera todo lo que le hacía escribir…

Viernes 10 de agosto de 2018

Esta no sería la primera vez que Abel pasaría su cumpleaños fuera de casa. Un congreso realizado en Brasil ya lo había separado de sus familiares y amigos en esta fecha considerada importante para la mayoría de personas. A pesar de que ese día llegó a comer en un buen restaurante, visitó varios bares y bailó muy bien acompañado en un par de discotecas, el vacío que le dejaba la distancia de sus seres queridos no pudo llenarse durante ese día.

La mañana comenzó persiguiendo bancos para poder acceder a un préstamo universitario; continuar como estudiante era la única manera de seguir en ese país y así lo había decidido. Todo este tiempo en Madrid le había servido para reflexionar sobre volver o seguir y Rolando había terminado de convencerlo de que se quedara.

— *Siempre podrás volver a tu país* —le dijo—. *Tu familia te estará esperando con los brazos abiertos, pero esta es tu única oportunidad de buscar un futuro en Europa. Si te vas probablemente no regreses, al*

menos no para trabajar.

Rolando, un extranjero como Abel, se había convertido en su mejor amigo. La primera vez que se conocieron realmente fue en un congreso, en Gerona, realizado al mes de haber empezado las clases. Abel era de las pocas personas que le hablaba en un español pausado y con palabras sencillas para que pudiera comprender. Rolando llevaba viviendo en Barcelona más de un año pero no tenía el español como lengua materna. Las únicas dos cosas que tenían en común eran la experiencia que tenían en el mundo laboral y la mente abierta para conversar de diversos temas fuera de prejuicios, algo que es fácil de alcanzar para aquellas personas despojadas de cualquier ideología o religión. Rolando tenía un padre musulmán y una madre cristiana ortodoxa, pero siempre descartó la imposición religiosa gracias al pensamiento comunista de su abuela. Abel, en cambio, había crecido en una familia católica y había sido practicante la mayor parte de su vida, hasta que un día se dio cuenta de que había dejado de creer.

En términos personales Rolando era todo lo opuesto a Abel: era más extrovertido, más sociable y sabía cómo caerle bien a todos, algo que le traía muchos beneficios a la hora de coquetear. Abel solía ser más serio o, al menos, aparentarlo, lo que le daba cierto misterio y resultaba ser atrayente para algunas mujeres, pero le era complicado llevar esta atracción al campo de la acción. Ambos se convirtieron en esa clase de amigos a los que no necesitas llamar siempre, bastaba un mensaje para verse, tomar una cerveza y conversar del trabajo, de la universidad, de la ansiedad que conllevan los trámites para residir en ese país. Eran compañeros de fiestas, de bares y de viajes.

Viernes 31 de agosto de 2018

Había hecho la maleta dos días antes, el fin de semana anterior había aprovechado el tiempo para visitar un par de museos que le habían recomendado y preparar una causa limeña que había llevado el lunes al trabajo como despedida. Hoy le habían dado el día libre. Terminó de verificar que había empacado todo y salió a recorrer por última vez el barrio. Se tomó una cerveza en el bar del metro que frecuentaba para desayunar y caminó despacio por las calles mirando constantemente a cada lado para guardar cada detalle del lugar. Probablemente no volvería jamás.

Por la tarde, se despidió de los compañeros que dejaba en el departamento y una compañera del trabajo vino a recogerlo para llevarlo a la estación. Ya en Atocha tomó el último respiro de Madrid y subió al tren. En pocas horas estaría de nuevo en Barcelona, cerca de Laura y de algunos compañeros que decidieron quedarse en la ciudad.

Capítulo 4

BARCELONA

Sábado 01 de septiembre de 2018

Después de un sinnúmero de reprimendas a sí mismo, decidió escribirle a Laura para saber de ella. No pasaron de una conversación banal con saludos protocolares como los de aquellas personas casi desconocidas. Abel estaba decepcionado, pero sabía que no había más por hacer. Pronto estudiaría en otra universidad y conocería a nuevas personas. La idea de mantener su mente ocupada le aseguraba poder pasar página de una manera más eficaz.

Domingo 16 de septiembre de 2018

Se acababan las vacaciones y Abel no había pisado la playa. Había estado trabajando todo el verano en Madrid justo en la temporada en la que las personas huían de esa ciudad. El miércoles pasado había recibido una llamada de Rolando quien lo invitaba a pasar el fin de semana en una casa de playa al norte de la ciudad. Como era de esperar, Abel aceptó.

Habían pasado la mañana en la piscina y, por la tarde, luego de ir a la playa, Rolando le confesó que tenía una sorpresa: dos compañeras de su universidad estaban en Barcelona y llegarían a cenar. Sin perder más tiempo, comenzaron a acondicionar la terraza y dejaron la casa en perfectas condiciones para recibir visitas.

Sobre las nueve de la noche dos mujeres cruzaron el portal con una hermosa sonrisa y unos cabellos rubios. Abel les ofreció unas cervezas y las llevó hasta la mesa que se encontraba cerca de la piscina. Rolando encendió la parrilla y Abel se apresuró a poner un poco de música.

La cena había transcurrido de una manera tranquila, conversando y bebiendo un poco hasta que una de sus acompañantes conectó su teléfono al altavoz y cambió de música. La música que había comenzado a sonar había dejado un poco consternado a Abel. Aunque no era el tipo de música que él estaba acostumbrado a bailar, su actitud cambió de inmediato cuando vio unas caderas moviéndose sensualmente para él. Le había sido imposible negarse: se levantó y acompañó cada vaivén del contorneado cuerpo de su acompañante de esa noche, siguiendo el ritmo de la música y del alcohol. No pasó más de media hora para que continuaran la fiesta en su habitación.

Viernes 05 de octubre de 2018

Esta vez inició las clases con diferente ánimo. Ya conocía el sistema y el funcionamiento del ciclo académico por lo que pocas cosas pudieron sorprenderle. En su intento de establecer un vínculo de compañerismo similar al del año pasado había ido a tomar unas cervezas un par de veces a la cafetería de la universidad. También tuvieron algún encuentro en un bar de la ciudad, pero, al comparar estos momentos con los del año anterior, no era lo mismo. Esta vez la mayoría vivía a las afueras de Barcelona por lo que resultaba complicado poder coordinar una salida en un lugar que les agradara y viniera bien a todos.

Gracias a un trabajo grupal había conocido a alguien que pronto llamó su atención. En esos pequeños espacios en los que sobra tiempo para hablar de cosas banales, Abel y una de sus compañeras, se confesaron su mutua afición por los libros y las letras. Abel sabía que esta era una de esas remotas posibilidades en las que te cruzas con alguien así: después del todo él siempre había vivido en el mundo objetivo, lógico y realista que siempre te muestra la ciencia. Intercambiaron números y quedaron en seguir en contacto.

Lunes 15 de octubre de 2018

La última vez que se vieron Abel le había mostrado su libreta y alguno de sus apuntes. Le comentó que tenía una lista pendiente de autores latinoamericanos por leer y ella le preguntó por qué estaba tan interesado en ellos. La razón era obvia: extrañaba su tierra.

Llevaba un año en este país y había sufrido un choque cultural bastante grade. La fruta no sabía igual, el maíz era distinto, los personajes de las series que veía tenían otro acento, las frases y palabras que debía usar eran otras y conjugar el “vosotros” era lo que le había resultado más difícil. Hasta llegó a tener problemas de interpretación por el solo hecho de que su “z” sonaba a “s”.

Abel decidió escribirle a su nueva compañera para tomar un café el miércoles. Ella aceptó y quedaron en verse cerca del teatro Goya.

Miércoles 17 de octubre de 2018

Abel llegó diez minutos antes de la hora pactada y estaba un poco nervioso ya quería causar una primera buena impresión. Ella llegó exactamente a las 5:00 p.m. Conversaron sobre los estudios previos que habían tenido, de las clases y poco a poco se fueron adentrando en diversos temas sin poder detenerse. Se hizo evidente una especie de conexión para poder pasar de un tema a otro sin perder el interés ni el ritmo de la conversación. Salieron a caminar un poco y luego la acompañó a su paradero. Abel regresó a casa con el entusiasmo de haber encontrado

a una nueva persona con la que podía hablar de la vida con total libertad.

Viernes 09 de noviembre de 2018

Le había mentido. Le había dicho que ya no sentía nada por Laura, pero no era así. Bastaba una sola noticia suya para que el sentimiento volviera a nacer. ¿Lo había pasado bien hoy? Por supuesto, pero una historia de amor inconclusa jamás se olvida. Esa noche soñaría con ella, en todo lo que habían pasado: encuentros a última hora, de escapadas del trabajo, de poemas y cartas... sobre todo de cartas.

Hoy le había contado su historia, esa que solo salía de su boca cuando encontraba a la persona adecuada para escucharla: sus tres amores (los que él contaba) y Laura. Una bitácora inconclusa de la que ahora ella pasaría a formar parte.

El atardecer les había regalado una magnífica vista y el cielo despejado les permitió continuar la caminata por el pueblo. Habían conversado de la tranquilidad de ese lugar y lo relativamente cerca que estaba de la ciudad, de la inestabilidad, del futuro (si es que para él había uno en ese país), hasta que poco a poco fueron volviendo a la realidad.

Viernes 07 de diciembre de 2018

La angustia había vuelto. Se sentía entusiasmado ante la oportunidad que le ofrecían aunque había tenido que mentir. Tuvo que hacerlo para seguir y demostrarse a sí mismo lo que valía. Estaba cansado de escuchar buenos comentarios sobre su capacidad profesional pero realmente no podía aplicarla en un verdadero trabajo. Nunca antes se había sentido tan extraño como en ese último año. Aún era difícil de asimilar que el nacer en otro lugar era el único impedimento que tenía para trabajar.

Al salir de la oficina tenía ganas de conversar con alguien. Buscó desesperadamente un café en donde relajarse. Comenzó a pensar que su vida podría encaminarse en menos de un mes si ese documento llegaba pero ahora no era el momento de pensar. Debía distraer la mente un momento por lo que aceptó acompañar a Rolando a las fiestas del barrio de Sant Andreu. Abel prefirió no comentar lo sucedido porque quería distraerse.

El concierto, que se había realizado en una fábrica abandonada, terminó a las tres de la mañana. Ambos trataron de buscar un lugar donde comer, pero no encontraron ningún puesto de comida abierto por esa zona. En ese momento Abel extrañó los puestos ambulantes de comida de su ciudad. Él sabía que no importaba la hora a la que saliera de una fiesta, pues siempre encontraría comida variada y en cantidad suficiente como para regresar contento a casa. Aún le quedaba un largo camino de regreso y la cerveza se le había acabado. Ya no importaba el hambre, solo

quería dormir.

Lunes 10 de diciembre de 2018

Despertó nervioso, la siguiente entrevista era crucial para conseguir el trabajo y necesitaba prepararse. Se pasó el día pensando en su situación y en si seguir adelante o finalmente confesar que, por el momento, no tenía la autorización de trabajo. Quedaban pocas horas para el encuentro pero decidió adelantarse y comentar su situación. Su permiso laboral seguía en trámite y solo podía hacer prácticas. El reclutador mencionó aquella frase que dicta el protocolo: "te tendremos en consideración para más adelante", con lo que Abel volvió a su inestabilidad habitual.

Lunes 7 de enero de 2019

Habían pasado unos meses desde que comenzó a salir con Laura, no conversaban de forma tan frecuente pero cuando lo hacían podían tardar horas en darse cuenta de que ya era tarde. Escogían el camino más largo para regresar a casa y así seguir conversando. Hubo días en los que se quedaban parados en la puerta del edificio en la que ella vivía, se despedían una y otra vez pero continuaban conversando. Había tanta espontaneidad entre ambos…

Hoy habían acordado verse, las fiestas habían pasado y se dieron cita en Plaza Cataluña. Él había escogido un bar antiguo que sabía que a ella le iba a encantar. En una de sus conversaciones anteriores Laura le había confesado su miedo de caminar por algunas partes del Raval, sobre todo en aquellas en las que reinaba el silencio y la mirada fija de algún borracho de turno que merodeaba por el lugar. Sin embargo, Abel le había enseñado que si tomaba de su brazo se sentiría más segura y desde ese momento Laura no dejó de hacerlo.

Horas antes de ese encuentro, cuando apenas había despertado, Abel sintió la necesidad de escribirle. En medio de su somnolencia anotó algunas líneas que pudo terminar más tarde. Escribió una carta y se propuso entregársela ese mismo día. Ya en la noche, cuando se instalaron en el bar y conversaban de manera habitual, Abel le confesó lo que le había escrito. Laura se encontraba sorprendida y entusiasmada por descubrir lo que decía. Abel le preguntó si quería que él se la leyera en algún lugar más tranquilo, algo que ella rechazó. Tomó la hoja doblada en la que Abel había escrito y comenzó a leerla:

¿Ud. me cree cuando le digo que entre los dos hay cierta atracción? ¿Se ha puesto a pensar en la facilidad con la que conectamos al hablar? El común denominador de cada uno de nuestros encuentros ha sido la facilidad de tener un tema de conversación y de soltar la lengua para tratar temas de los que normalmente no se puede hablar con la gente normal. Sé que le resulta raro darse cuenta de que ha depositado en mí

una confianza a la que yo también he correspondido.

Yo también me siento a gusto con Ud. Me agradan nuestras caminatas por las callejuelas de los barrios antiguos de esta ciudad, las cervezas que nos tomamos en cada bar, su continua indecisión para encontrar el lugar ideal para conversar y que me tome del brazo al caminar. Si tan solo Ud. pudiera ver cómo se le recogen las mejillas cada vez que sonríe al burlarse de mí… Sé que también le gustaría esa imagen tanto como a mí.

A veces pienso... Sí, no se burle. También lo hago a menudo. Lo que quiero decir es que a veces pienso en Ud., o en nosotros. Debo confesar que en varias ocasiones he sentido la necesidad de besarle, de acercarme lentamente sin dejar de mirarle. De que sean mis ojos quienes hagan la pregunta y que un solo pestañeo suyo sea la esperada respuesta. Pero en ese milisegundo de indecisión en el que todo puede echarse a perder siempre he ido para atrás.

Si esto fuera una novela yo debería tomar su mano o, aún mejor, su cintura, mirar fijamente sus pupilas e intentar poner en práctica lo que antes he escrito. Pero no. Seguiremos conversando en silencio, porque el espacio de tiempo que seguirá a continuación será para pensar. Ud. creerá que debe decirme algo al respecto y yo creeré que ya es hora de partir. Después de todo es lo mejor que uno puede hacer después de confesar.

Ella levantó la mirada y Abel se apresuró a decirle que no era necesario decir nada. Él había escrito para poder desahogarse y sinceramente no esperaba nada de ella. Prefería continuar con la historia que se iba creando entre los dos antes de tratar de formalizar algo.

Viernes 23 de febrero de 2019

Se habían dado cita en el Paseo de Gracia y fueron juntos a La Central. Mientras paseaban por las galerías Abel pensaba que estaba soñando. No, no era una tonta película romántica ni una novela del siglo pasado, estaba sucediendo, esta era la realidad. Revisaban algunos libros y se detenían a observar o comentar ciertos títulos. Se detuvieron en la sección de poesía para ver algunos poemarios ilustrados que les sirvieran de inspiración pues ambos habían decidido combinar los versos de él con las pinturas de ella. Tomaron un café y salieron de la librería pues ella tenía que regresar a su casa para cenar y él tenía que reunirse con unos amigos.

— *Debo ir al barrio de Gracia* —mencionó Abel.
— *¿No me vas a acopañar?* —preguntó Laura.

Abel se quedó pensando un momento. ¿A caso se había generado esa costumbre? Era cierto que durante las primeras citas él había tenido que insistir para que ella le permita acompañarla hasta su casa y para que

aceptara tomar su brazo al caminar, pero ahora era ella quien se lo pedía.

— *Es cierto, había olvidado que un encuentro nuestro no puede terminar así* —le respondió.

Conocía perfectamente el camino. Cada una de las calles y plazas, los raíles del tranvía que debían cruzar y hasta el número exacto de night-clubs por los que tenían que pasar. La conversación se prolongó una vez más frente a la casa de Laura y se despidieron entusiasmados por concretar el primer trabajo de poesía y pintura que realizarían juntos: café para dos.

Viernes 15 de marzo de 2019

Después del último encuentro comenzaron a conversar casi a diario. Raramente intercambiaban mensajes porque preferían hablar por teléfono y las noches eran testigo de ello. Ese viernes cocinaron en casa y pasaron la tarde juntos. Abel había aprovechado un par de ocasiones para tomarla por la cintura y abrazarla sutilmente, a lo que ella había correspondido recostándose en su pecho y rozando suavemente sus mejillas, pero sin dar a opción a un beso.

Jueves 28 de marzo de 2019

El día anterior Abel le había escrito a su jefe. Nuevamente la incertidumbre del convenio de prácticas por finalizar lo estaba agobiando. Esta vez necesitaba un contrato laboral para poder obtener la residencia definitiva y así poder llevar una vida laboral como cualquier persona normal. Estaba tan nervioso que contestó casi inmediatamente la llamada que recibió de Madrid. Le explicó a su jefe su situación y que necesitaba saber si al fin lo podrían contratar. Su jefe no tardó muchos segundos en pensarlo, le comentó que ya llevaban bastante meses trabajando y que confiaba en sus capacidades profesionales. Le aseguró que le daría el contrato y le ayudaría a realizar los trámites legales correspondientes.

Abel estaba entusiasmado, las ganas de celebrar no le cabían en el pecho. Volvió a la oficina y miraba el reloj constantemente para salir y poder contárselo a su familia, a Rolando y a Laura. Al fin podría obtener la estabilidad que necesitaba en su vida. Ahora sí podría hacer planes a futuro y crecer, pero ¿cómo debía mencionarle a Laura que dejaría Barcelona?

Viernes 29 de marzo de 2019

Su familia compartía su alegría, su estabilidad era la estabilidad de ellos también. Abel había coordinado con Rolando para cenar por la noche, tenía que contárselo. Las latas de cerveza fueron acumulándose en la

mesa hasta que Rolando cambió el tono de su voz y le confesó que se marchaba.

— Es una broma, ¿cierto?
— Quisiera que así lo fuera. Ha pasado casi un año desde que acabamos la maestría y necesito trabajar. Me han ofrecido un buen puesto en mi país. Debo volver.

Abel aún no le había comentado que él había encontrado trabajo en Madrid, pero ya no podía decírselo ahora. Le resultaba difícil de entender cómo una persona tan capaz y con la amplia experiencia que tenía Rolando no podía ser contratado en ese país. Él no quería irse, lo veía en sus ojos, por eso había cambiado su tono de voz y estaba serio.

— ¿Cuándo te marchas?
— La próxima semana. No pensé que sería tan pronto pero las cosas no siempre salen como uno las quiere.
— Te entiendo. Siento mucho que te vayas tan pronto. No nos dará tiempo a recorrer todos los bares que nos gusta frecuentar.

Rolando dio paso a unas carcajadas tristes y respondió:

— Al menos debemos despedirnos en la Bodega de Armando, ¿no crees? Ese lugar ha sido testigo de muchas de nuestras conversaciones
— Dalo por hecho, hermano. Vermut, jamón y pan con tomate para la despedida.

Domingo 01 de junio de 2019

Habían quedado en verse nuevamente en su casa. Abel se encargó de comprar todo y de preparar la comida. Había planeado cada detalle para que el almuerzo fuera perfecto y pudiera llevar a cabo su plan. Laura estaba encantada, esta vez era ella quien se acercaba a Abel para abrazarlo mientras cocinaba. Le hacía alguna que otra broma o le mandaba indirectas poniendo de fondo alguna canción que quería dedicarle.

Después del almuerzo las cosas mejoraron aún más. Laura se echó en el sofá y recostó su cabeza en las piernas de Abel. Él la abrazó y la tomó de la cintura. En respuesta, ella entrelazó sus dedos con los de él y permanecieron así durante toda la película. Las caricias continuaron y el nudo en la garganta de Abel se hacía cada vez más grande. Esperaba el momento perfecto para proponerle ser pareja pero no lo encontraba. En un descuido de ella aprovechó para levantarse e ir por un vaso de agua. Al regresar, se sentó frente a ella y le confesó que no sabía cuánto tiempo más podría aguantar estar tan cerca de ella y no poder besarla.

— *¿Qué me quieres decir con eso?*
— *Lo evidente. Que me gustas, que durante este tiempo he descubierto que tenemos cosas en común, que eres una mujer independiente e inteligente y que no quisiera dejar escapar la oportunidad de estar con alguien como tú.*

La expresión en el rostro de Laura cambió y se puso seria.

— *Yo también me siento bien contigo, ¿sabes? Me siento querida, admirada, comprendida y más segura; pero aún tengo una historia por cerrar y muchas dudas por resolver, no quiero hacerte cargar con todo esto.*

La mente de Abel comenzó a hacer y responder preguntas instantáneamente sin atreverse a mencionarlas:

— ¿Dudas? ¿Dudabas cuando me abrazabas? ¿Dudabas cuando entrelazábamos los dedos? ¿Dudabas cuando decías que me extrañabas y me querías?

El silencio invadió completamente la sala, Abel continuaba pensando y ella quería saber qué era lo que pasaba por su cabeza.

— *Entonces lo mejor que puedo hacer es alejarme* –dijo Abel–. *Necesitas un tiempo para resolver tus cosas.*

Abel extendió sus brazos y ella se recostó en su pecho.

— *Gracias por comprenderme* –susurró Laura.